

SPR

SPANISH & PORTUGUESE REVIEW

OPEN ACCESS

**“Muchachos que parecían ser extremadamente varoniles”:
Identidad y camuflaje sexual en la Revolución cubana y en
Antes que anochezca de Reinaldo Arenas**

Fernando Varela

Spanish and Portuguese Review 2 (2016): 125-134

***Spanish and Portuguese Review* files are licensed under a
Creative Commons Attribution-NonCommercial-NoDerivatives
4.0 International License.**



“Muchachos que parecían ser extremadamente varoniles”: Identidad y camuflaje sexual en la Revolución cubana y en *Antes que anochezca* de Reinaldo Arenas.

Fernando Varela
Vanderbilt University

Abstract: Following the end of Fulgencio Batista’s regime and with the triumph of the Revolution in January 1959, the new government joined efforts to give voice to previously marginalized members of society, such as Afro-Cubans and lower-class citizens. But homosexuals did not fall under this social reform and some were initially stigmatized by a conservative discourse while others hid their sexual identities through passing. Reinaldo Arenas explores this issue in his autobiography *Antes que anochezca*. In this essay, I analyze the way Arenas underlines the relationship between sexual passing and an explicit homosexual identity to provide an irreverent view of the Cuban Revolution. Starting from Daniel Hurewitz and Kelby Harrison’s view of the relationship between passing and sexuality, I study a variety of documents published in Cuba that attempt to “visualize” homosexuality so that it can be “detected” and “eliminated.” I then engage in a close reading of certain scenes in Arenas’ autobiography that create a friction between stereotypical views shaped by official discourse and the way he uses sexual passing to undermine the heteronormative authority. In addition, I consider how the author uses sexual diction to support his argumentative line.

Keywords: Revolution, Arenas, homosexuality, sexuality, passing.

Una de las características primordiales de la autobiografía *Antes que anochezca* de Reinaldo Arenas es el afán por mostrar una versión distinta de la Revolución no oficializada por Castro y sus representantes. En particular, Arenas se encarga de desmantelar las políticas masculinas que se diseminaron en el discurso revolucionario y brindar una perspectiva homosexual que yace debajo de la superficie social. Para lograr tal meta, se elabora una relación simbiótica entre la visibilidad sexual que él expresa y los deseos homosexuales latentes en los mismos opresores que intentan camuflarlos bajo un oropel heteronormal. En este artículo, me propongo analizar la manera en que el escritor subraya esta relación para asegurarse de que tanto la visibilidad y explicitud erótica como el camuflaje son hilos de la misma urdimbre. Es decir, ambos comportamientos centralizan la homosexualidad dentro de un marco social intolerante a sexualidades divergentes, como lo era la sociedad revolucionaria cubana.

Arenas comienza a escribir su autobiografía en los matorrales del parque Lenin en 1974, lugar en el que estaba escondido a raíz de la persecución del autor por su homosexualidad, y la termina en 1990, unas semanas antes de su suicidio en Nueva York por tener SIDA. En ella, narra de manera detallada los estragos y peripecias que sufrió a manos de la Revolución—sistema político que,

inicialmente, no aceptó la homosexualidad como un aspecto revolucionario. La perspectiva de Fidel Castro sobre la relación entre la homosexualidad y la Revolución fue, en un comienzo, negativa. En una entrevista con Lee Lockwood realizada en 1967, Castro mencionó lo siguiente sobre el tema: “We would never come to believe that a homosexual could embody the conditions and requirements of conduct that would enable us to consider him a true Revolutionary. A true militant” (107). No obstante, a medida que pasaron las décadas, el político reconoció las represalias tomadas en contra de este sector de la población y, en el 2010, se retractó públicamente en una entrevista con Carmen Saadre de *La Jornada*. El líder de la Revolución sostuvo que “fueron momentos de una gran injusticia, ¡una gran injusticia!... Si hay alguien responsable, ese soy yo”. Uno de los textos críticos que analiza a fondo la relación entre la homosexualidad y el país caribeño es *The Gay Cuban Nation* de Emilio Bejel. En su libro, Bejel realiza una valoración detallada sobre cómo la homosexualidad llegó a ocupar una posición tabú dentro del contexto cubano. El crítico apunta la manera en que esta catalogación hizo que el cuerpo homosexual se convirtiese en un espectro para los discursos nacionales. En particular, Bejel observa que “despite of—or because of—the enormous effort to expel the queer body, the specter of homosexuality has always haunted Cuban national discourse” (xv). Siguiendo esta misma línea discursiva, Bejel señala que la homofobia que ha estado hirviendo dentro de la cultura cubana finalmente se institucionalizó con la Revolución. Con el triunfo de este bando político, la homofobia no solo se permitió a un nivel social, sino que se legitimó a través de leyes que apoyaron la persecución en contra de homosexuales. Como asegura Bejel, “by the early to mid-1960s the revolutionaries had added an aggressive homophobia to their political and social agenda, leaving homosexuals in a very helpless position” (96). Si bien antes de 1959 ya había un discurso heteronormal y despectivo en contra de homosexuales (Lumsden 28), con el triunfo de la Revolución esta visión se oficializó a través de leyes y directrices de comportamiento.

Para Arenas, la Revolución representaba el dogmatismo cultural y la intolerancia hacia la diversidad intelectual y sexual, ya que en varias ocasiones se dirige a ella con palabras tales como “esteril”, “opresor” e “intolerante”. Por ejemplo, él declara lo siguiente sobre los detrimientos sociales de esta ideología política: “toda dictadura es casta y antivital... Era lógico que Fidel Castro nos persiguiera, no nos dejara fornicar y tratara de eliminar cualquier ostentación pública de vida” (119). Además, el autor narra no solo sus momentos negativos, sino también decenas de episodios sexuales que tuvo con otros hombres antes de su exilio para desafiar la represión sexual de la época. La trabazón que Arenas hace entre su vida sexual y su disidencia política ha llevado a que Jorge Olivares comente lo siguiente sobre el autor: “Arenas was an outcast in Cuba for remaining true to his convictions as a transgressive writer, a gay man, and a sexual revolutionary” (25). Olivares ve en Arenas un paria transgresor dentro

del país por haber expresado sus deseos sexuales que no encajaban dentro del imaginario nacional heterosexual. Irónicamente, su sexualidad revolucionó una Cuba que, en ese tiempo, se jactaba de “revolucionar” el sistema para ofrecerle igualdad a sus ciudadanos. Pero ¿de qué manera el camuflaje sexual encaja en esta evaluación? ¿Cómo el escritor desestabiliza los paradigmas heteronormales de la Revolución y ofrece una perspectiva irreverente sobre ella?

Una de las maneras en que Arenas entabla su insurgencia ante las convenciones sociales de la Revolución es a través del militante revolucionario que aparenta ser un heterosexual en público. El escritor, por ejemplo, comenta que si bien estos desfilaban ante la Plaza de la Revolución, no por eso dejaban de practicar sexo con él y sus otros amigos:

Casi todos aquellos jóvenes que desfilaban ante la Plaza de la Revolución aplaudiendo a Fidel Castro, casi todos aquellos que, rifle en mano, marchaban con aquellas caras marciales, después de los desfiles, iban a acurrucarse en nuestros cuartos y, allí, desnudos, mostraban su autenticidad y a veces una ternura y una manera de gozar que me ha sido difícil encontrar en cualquier otro lugar del mundo. (131)

El ideal revolucionario que el autor nos presenta en esta cita es radicalmente opuesta a la versión subrayada por Castro. Resulta curiosa la manera en que se retrata a estos hombres porque aunque llevan un rifle en la mano (símbolo por excelencia de la masculinidad), muestran otra sexualidad cuando se acurrucan al lado del autor y sus amigos. La yuxtaposición de palabras de despliegue militar público como “rifle” y “marciales” con palabras táctiles como “ternura”, “desnudos” y “gozar” nos da la pauta de que el autor está haciendo referencia a un deseo sexual que está camuflado, es decir, un deseo que quisiera expresarse, pero que solo puede hacerlo en ciertos escenarios cuando no están siendo vigilados en algún espacio público, como la Plaza de la Revolución. El camuflaje sexual mediatizado por normas sociales que Arenas nos presenta aquí es elaborado a fondo por Daniel Hurewitz y Kelby Harrison. En su artículo “Power, Oppression, and Passing”, ellos aseguran que el camuflaje (o en inglés *passing*) sexual no es siempre una opción que está a criterio del individuo. Más bien, es una manera de lidiar con las estructuras de poder social que otorgan cierto privilegio a un grupo social mientras que marginalizan a otros. El artículo señala que no es posible entender el concepto del camuflaje sin antes entender como este está relacionado con el poder impuesto por un sector privilegiado:

The problem of sexual identity does not make sense in a world without power. There would be no implicit or explicit benefits to be derived from hiding an aspect of one's identity. There would be no hierarchy of preferred

behaviors in relations to sexual identity... without a structure of power to define who and what constitutes privilege. (83)

La interdependencia entre el poder y el camuflaje que Hurewitz y Harrison sostienen cobra sentido si es que se analiza con relación al estigma social que ciertas categorías de identidad (como la homosexualidad) producen. Ejemplos de tales ignominias incluyen la opresión física o psicológica, la alienación, la indiferencia, etc. Si estas categorías se ocultaran, los estigmas sociales se reducirían hasta tal punto de ingresar al sector privilegiado e, incluso, repetir los mismos discursos opresores. De modo que resulta importante añadir la variante de estigma social cuando se analiza el camuflaje sexual porque tal acción es una manera de despistar al sector privilegiado e irónicamente reforzar reglas opresoras.

Para analizar el camuflaje sexual en la obra de Arenas, es de suma importancia tener en cuenta la performatividad como estrategia para ocultar lo que la autoridad considera como “comportamiento” homosexual; es decir, ocultarse bajo el sistema arbitrario de actuaciones que el estado establece para controlar a sus habitantes. La visibilidad amanerada que los oficiales cubanos utilizaban para localizar y oprimir a los homosexuales se remonta al concepto de performatividad elaborado por Judith Butler. En su libro *Bodies that Matter*, Butler realiza una valoración sobre las construcciones sociales que giran en torno al cuerpo y que se despliegan a través de constantes actuaciones y rituales cotidianos. Por un lado, Butler apunta que las directrices de comportamiento establecidas por la sociedad dominante obligan al individuo a actuar de cierta manera. Por el otro, sostiene que tales directrices no son determinativas, sino más bien construcciones sociales: “‘performance’ is not a singular ‘act’ or event, but a ritualized production, a ritual reiterated under and through constraint, under and through the force of prohibition and taboo” (95). El estatus marginal de la homosexualidad sin lugar a dudas afectó la manera en que ciertos cubanos reaccionaron por medio de una performatividad que despistara a la autoridad. Ciertos hombres se acataron a modos de comportamiento que las autoridades revolucionarias consideraban como “heterosexuales” para que estos no descubrieran sus tendencias homosexuales (Bejel 103). La manera más obvia de ocultar esto era a través del manierismo masculino que iba en contraposición al afeminamiento que el estado utilizaba para localizar a homosexuales (Bejel 103). Mientras que los homosexuales considerados “afeminados” eran acorralados y puestos en instituciones de reformación, los homosexuales supuestamente “masculinos” podían utilizar esta imagen para escapar de las autoridades y seguir teniendo relaciones sexuales (Bejel 103).

Los calificados como afeminados no podían huir tan fácilmente de las autoridades, ya que la prensa se encargó de incentivar la persecución de estos individuos con base en sus maneras de comportamiento que difería del

estatus quo. Por ejemplo, Alfredo Echarry publicó un artículo titulado "Los chicos del cuarto mundo" en 1968 para la revista estudiantil *Juventud Rebelde* en donde describe las características primordiales de un contrarrevolucionario y "enfermo" sexual. En este artículo, Echarry entrevista a una serie de madres anónimas de chicos supuestamente "desviados" para preguntarles sobre sus comportamientos. Una de estas madres responde que su hijo generalmente tenía una forma de comportarse muy femenina y que escuchaba "musiquitas" raras: "Yo se lo dije que se dejara de oír tanta musiquita. Dicen que es por la minifalda" (2). Otra madre opina que cuando fue a recoger a su hijo de un bar, se asustó por las apariencias de los que lo rodeaban porque algunos eran melenudos y otros afeminados: "Parecían locos. Todos peludos. De un lado para otro; muchos afeminados, bueno, horrible todo" (2). Luego de terminar las entrevistas con estas madres, Echarry se encarga de enumerar los rasgos más comunes de estos chicos. Entre otras cosas, el autor apunta que, por lo general, son muy "exóticos" con sus atuendos y que se disfrazan con ellos: "No se debe confundir la moda, que es sinónimo universal de progreso, con la extravagancia y el exotismo, que son apellidos de ridículo. La moda, en este caso, ha servido de disfraz" (2). En ambas citas mencionadas se observa una gran atención hacia las apariencias con palabras tales como "afeminados", "peludos", "extravagancia" y "exotismo". Así, se construye una imagen estereotipada de la figura homosexual para que se pueda crear una visión más concreta y separar al "desviado" del colectivo cubano.

Las autoridades revolucionarias no tardaron en descubrir que ciertos homosexuales que no encajaban en el estereotipo utilizaban la apariencia masculina para camuflarse y no ser oprimidos. Tal preocupación la expresa Abel Prieto Morales, quien publicó su artículo "Homosexualismo" en 1969 en la revista *Bohemia*. En este artículo, él demuestra una preocupación por la propagación de la homosexualidad y su aceptación como una "enfermedad" y no como un producto de la corrupción social. Además, el pedagogo advierte que uno de los problemas fundamentales del "homosexualismo" es que muchos son a la misma vez heterosexuales y es difícil localizarlos y apartarlos de la población: "en efecto, los adultos homosexuales son numerosos, y están en todos los medios y en todas las profesiones; muchos son a la vez heterosexuales y homosexuales" (109). Esta cita retrata la homosexualidad como un peligro social y, a la vez, camuflado, ya que "son numerosos", están en "todas las profesiones" y medios de comunicación y, por último, pueden hacerse pasar por heterosexuales. Esta perspectiva resulta curiosa porque claramente manifiesta una preocupación por aquellos individuos que son capaces de seguir las reglas heteronormales pero a la misma vez romperlas y no ser cuestionados.

Otro ejemplo de igual importancia es el artículo de autor anónimo titulado "La rebelión de Ganimedes", publicado también en *Bohemia* en 1970. En este artículo, se critica el repentino libertinaje homosexual que tomó lugar en

EE.UU. en la forma de un festival gay u “Orgullo Gayo-Organizadas por los hombrerriegos del Gayo Liberation Front” (55). Según el artículo, el libertinaje sexual de este movimiento demuestra que los homosexuales “son capaces de agruparse y de que poseen una asertiva arrogancia” y que “las alas de sus preferencias sexuales baten insolentes el descaro” (55). De nuevo, se observa una atención detallada hacia un vocabulario performativo con la alusión a las alas como sinécdote de lo gay. Pero algo interesante que se debería notar es el subtítulo que yace debajo de la foto de un hombre caminando a su perro grande: “Los hombrerriegos de USA—4 millones censados, sin contar los disimulados—, desfilaron por Los Ángeles Boulevard y la Sexta Ave” (55). La cita hace una muy clara distinción entre los homosexuales reconocidos como tal y los que pasan desapercibidos. Para el autor anónimo, es importante reconocer que la homosexualidad puede ocultarse dentro de un simulacro heterosexual y no ser clasificado como tal. Por lo tanto, se sugiere que es importante agrupar a los homosexuales censados y los simulados dentro de un mismo conjunto contrarrevolucionario.

Si se mantiene este contexto histórico en cuenta, la técnica explícita y subversiva de Arenas es una manera de desmantelar ese camuflaje para comprobar que la homosexualidad no necesariamente es afeminada. A la misma vez, el escritor intenta poner en relieve un sector de la población que practica sus relaciones sexuales “ilícitas” bajo las narices de los oficiales de forma desapercibida. En repetidas ocasiones, él rechaza cualquier indicio de camuflaje de su parte y, más bien, goza de tener cierta visibilidad sin acatarse a las normas sexuales ejercidas por las autoridades. Esta observación se vuelve obvia si consideramos que la autobiografía es, en sí, un texto bastante explícito, ya que la mayoría de sus páginas narra anécdotas sexuales y, a menudo, utiliza palabras tales como “pinga”, “templar”, “mamar”, “semen” y “culo” sin ninguna especie de filtro.

Arenas desestabiliza la imagen del revolucionario masculino a través de sus comentarios para, así, poner en tela de juicio el machismo que permeó en el discurso cubano. Particularmente, señala que uno de sus placeres es tener relaciones sexuales con hombres que se caracterizan por tener una masculinidad altisonante. Narra que, en una ocasión, tuvo un encuentro sexual con un hombre muy masculino que, sin embargo, era pasivo. Con respecto a esto, subraya el placer que tuvo con este hombre: “confieso que a mí me gustaba poseer ese tipo de muchachos que parecían ser extremadamente varoniles” (138). Asimismo, se recalca el oropel masculino del muchacho cuando asegura que después de tener relaciones, este le “daba un fuerte apretón de mano y le decía: ‘tengo que ir a ver la [sic] jeva’”. (138). Resulta interesante cómo Arenas contrapone palabras de índoles masculinos tales como “apretón” y “jeva” con “poseer” y “parecían” porque señalan la falsedad sexual de ciertos hombres cubanos. La manera sarcástica que el autor utiliza para describir este encuentro sirve para

rechazar la fachada masculina y apelar a una versión del hombre revolucionario que yace bajo un barniz social.

Conviene señalar que si bien Arenas se jacta de tener una posición clara y directa sobre su sexualidad, este también afirma que, en su adolescencia, a menudo se camuflaba de heterosexual para no ser alienado por sus compañeros. Tal narración sirve no solo para recalcar la opresión que incitaba al camuflaje, sino para subrayar la farsa social con relación a lo sexual. Cuenta Arenas que cuando estaba en la facultad estudiando contaduría agrícola, a menudo se erotizaba por sus compañeros, pero nunca revelaba sus intenciones por temor al ostracismo social: "Yo también me erotizaba, pero seguía empecinado en mi absurdo machismo al que me era muy difícil renunciar por problemas de prejuicios" (75). Del mismo modo, el escritor menciona que las relaciones que él tenía con sus compañeros eran "relaciones varoniles, relaciones de fuerza; simulacros de lucha y juegos de mano" (75). En cierto sentido, esta cita acarrea un tinte homosexual porque se relacionan las palabras masculinas "fuerza" con "juegos de mano", una frase bastante ambivalente que indica un deseo homosexual que yace bajo un simulacro de masculinidad acérrima. La anécdota resulta eficaz para Arenas porque enfatiza la opresión social y, a la misma vez, indica al lector que la masculinidad desplegada no es más que un espejismo que oculta un deseo homosexual que se nota a través del contacto corporal.

Otra manera que se retrata el deseo homosexual escondido es a través del mar que, para él, adquiere un símbolo de libertad sexual. En una entrevista realizada por Jacob Machover, Arenas asegura que el mar es esencial porque es un elemento que subvierte la condición insular de una isla y provee una vía de liberación. Para el autor, el mar representa lo siguiente: "cuando se vive en una isla, el mar es un símbolo fundamental de la liberación. Volver al mar es volver a la posibilidad de la esperanza... la frontera con una isla no es más que el mar" (127). Desde un punto de vista geográfico, el mar posee ciertas ventajas por su fluidez, extensión y profundidad que van en contrapartida a la tierra, en donde las autoridades pueden fácilmente controlar las normas sexuales. A diferencia de la insularidad de la isla, el mar ofrece un espacio distinto en donde las normas sexuales pueden fácilmente ser desestabilizadas y reconfiguradas.

En la autobiografía, este elemento adquiere importancia si lo consideramos en conjunción con los episodios homosexuales que Arenas relata y cómo esto está conectado al camuflaje sexual. Cuando Arenas apunta que tuvo un encuentro con un hombre casado, él menciona que sucedió en la playa debajo del agua. Dice, "mientras, sumergido hasta el cuello, hablaba con el amigo, yo le succionaba poderosamente el miembro hasta hacerlo eyacular; luego yo desaparecía nadando con mis patas de ranas. La persona con quien hablaba, lo único que notaba, quizás, era el suspiro profundo en el momento de su eyaculación" (127). La manera en que se relata este evento con relación al mar es de suma importancia porque tiene que ver con la homosexualidad oculta. Mientras un

amigo le está hablando al amante del autor, este está teniendo relaciones sexuales con él, pero tal encuentro ocurre debajo del agua para esconderse. Asimismo, la actitud de Arenas ante esta situación se vuelve jocosa cuando menciona el detalle del suspiro; si bien el amigo del amante no sabía que estaba teniendo un encuentro homosexual, sí habría notado su suspiro durante la eyaculación. Tal suspiro indica que la homosexualidad puede esconderse bajo las aguas del mar, pero su placer erótico trasciende cualquier barrera y convención social. Se utiliza el camuflaje sexual de dos formas en la cita: para sobreponer las normas sociales y para revelar un “suspiro profundo” que ningún parámetro social puede suprimir.

Una versión más visible también se vislumbra constantemente con las figuras autoritarias que el autor sexualiza para desestabilizar una masculinidad homofóbica. En varias ocasiones, Arenas constata que muchos de sus episodios sexuales ocurrieron con agentes de seguridad, quienes, supuestamente, tenían que perseguir y arrestar a los homosexuales por “conducta impropia”. Narra el autor que cuando fue con su amigo y colega literario, Delfín Prats, a una aventura erótica, tuvieron muchísimos encuentros sexuales con reclutas. El autor señala que, durante su viaje en tren, “todo el mundo iba erotizado y los actos sexuales se realizaban en los baños, debajo de los asientos, en cualquier sitio” (118). Estos encuentros sexuales a veces eran bastante creativos. En el caso de Prats, él “masturbaba con el pie a un recluta que parecía dormir en el suelo” (118) y, cuando salió de Santiago de Cuba, “le iba mamando el miembro a un negro, mientras el camión corría a toda velocidad por la carretera” (118). La explicitud erótica que el autor realiza cuando describe a Prats se pone en relieve aún más cuando menciona que ese acto de felación con un hombre negro hubiera causado asombro en los campesinos que los veían: “Me imagino el asombro de los campesinos cuando veían pasar el camión con aquella visión” (119). La palabra “visión” ya es de por sí un indicativo de que el autor está apelando a una retórica de visibilidad homosexual como forma de protesta. Estas anécdotas se tornan más evidentes a un nivel textual cuando Arenas asegura que “después de unos complicados cálculos matemáticos” (119) él “había hecho el amor con unos cinco mil hombres” (119) al igual que su amigo. El hecho de que estas cifras (diez mil entre los dos) sean verdaderas o no es irrelevante porque lo que importa es la técnica textual que se utiliza para contrarrestar la heteronormatividad de la época.

Un episodio de igual índole se presenta con una anécdota de teatro, lo cual crea un proceso visual y lúdico para cuestionar la performatividad heterosexual de la Revolución. El texto narra que, durante un viaje, Prats tuvo un encuentro sexual con un muchacho que vendía toronjas y que sucedió detrás de las cortinas de un escenario: “Hiram estaba en pleno instante erótico, mamándole la pinga a aquel joven, detrás de una cortina del teatro, cuando, de pronto, la cortina se corrió totalmente y apareció en pleno escenario aquel espectáculo” (124). El

autor asegura de cuando la cortina se corrió, “no fueron aplausos precisamente lo que salió del público, sino un escándalo ensordecedor” (124). A pesar de que esta “indecencia” pública conllevó al arresto de Prats y el muchacho en cadenas, no se puede prescindir de la importancia performativa de este encuentro. El teatro mencionado en la cita sirve para criticar las reglas de conducta de la época por medio de lo visual. Cuando la cortina se corre, lo que se está mostrando es un tipo de sexualidad que, usualmente, no se muestra en público, ni mucho menos en un teatro. Esta descripción crea entonces una fuerte crítica en donde una sexualidad periférica queda centralizada ante un público que solo puede mirarla y escandalizarse.

Arenas también tiene un recio compromiso hacia las figuras autoritarias porque los describe como individuos que aparentan ser heterosexuales, pero que contienen deseos homosexuales que tratan de salir a la superficie. Un ejemplo clave es el agente de seguridad que agredió a su amigo, Tomásito la Goyesca, por haberle tocado la entrepierna a pesar de haber notado que el mismo agente se había erotizado ante él en el autobús: “el joven, en realidad, le había hecho varias señas con la mano y se había tocado el sexo, el cual tenía, evidentemente, erecto” (120). Este pequeño detalle ya de por sí nos da la pauta de que el comportamiento contradictorio del guardia indica que sus deseos homosexuales están reprimidos detrás de su apariencia masculina. Esta premisa se hace mucho más obvia cuando este invita al autor, a Prats y a La Goyesca a su casa para devolverle el carné que el último había tomado por equivocación. Cuando llegan a la casa, el guardia sale semidesnudo con una toalla y se frota el sexo mientras les hace firmar un certificado de devolución a los tres: “mientras nos hacía firmar y leer aquel extraño documento, se tocaba el sexo, que otra vez se levantaba erotizado, y al mismo tiempo nos insultaba llamándonos inmorales” (121). Según menciona Arenas, la silueta del miembro del guardia se resaltaba bajo la toalla: “la toalla daba cada vez señales más evidentes del erotismo de aquel hombre” (121). La anécdota provee información sobre las normas de comportamiento de estos guardias, quienes, a menudo, se quedaban erotizados ante homosexuales que debían arrestar como parte de su trabajo. El estilo que Arenas emplea a través de este episodio suscita una homosexualidad que no puede ser reprimida, incluso, por los mismos agentes de seguridad. Además, se pone en relieve la falsedad del macho cubano inculcado por la Revolución y que, debajo de esta simulación, existe un mundo homoerótico que no puede evitar salir a la superficie de vez en cuando.

La dicotomía entre camuflaje y visibilidad que Arenas matiza a través de su autobiografía sirve como una manera de desestabilizar la Cuba revolucionaria y proveer una perspectiva distinta, no oficializada por las autoridades. Esta técnica es tanto un estilo jocoso que el autor emplea para burlarse del sistema como una forma de criticar las intransigentes y acerbas leyes que permearon las primeras décadas de la Revolución. A lo largo de *Antes que anochezca*, Arenas se

encarga de elaborar con lujo de detalles lo que constituía el camuflaje sexual para homosexuales abiertos como él y los que utilizaban una máscara hipermasculinizada para despistar al sistema opresivo. El resultado es una compleja trama en donde la homosexualidad expresada a través de la escritura se fricciona con una masculinidad que no es más que un oropel. Es justamente esta fricción lo que hace que la autobiografía cobre cierto sentido porque subraya el acercamiento escandalizador y controversial propio de su autor. Al contrastar esta escritura explícita con el camuflaje de un puritanismo falso, Arenas nos brinda una versión irreverente e intrigante sobre las políticas masculinas cubanas de la época.

Obras citadas

- Arenas, Reinaldo. *Antes que anochezca*. Barcelona: Tusquets Editores, 1992. Impreso.
- Bejel, Emilio. *Gay Cuban Nation*. Chicago: U of Chicago P, 2001. Impreso.
- Butler, Judith. *Bodies that Matter: On the Discursive Limits of “Sex.”* New York: Routledge, 1993. Impreso.
- Echarry, Alfredo. “Los chicos del cuarto mundo.” *Juventud Rebelde* 1 (octubre 1968): 2. Impreso.
- Hurewitz, Daniel y Kelby Harrison. “Power, Oppression, and Passing.” *Passing / Out: Sexual Identity Veiled and Revealed*. Ed. Dennis R. Cooley y Kelby Harrison. 75-104. Londres: Ashgate, 2012. Impreso.
- “La rebelión de Ganimedes.” *Bohemia*. 6 de noviembre. 1970: 55. Impreso.
- Lockwood, Lee. *Castro’s Cuba, Cuba’s Fidel: An American Journalist’s Inside Look at Today’s Cuba in Text and Pictures*. Nueva York: Macmillan, 1967. Impreso.
- Lumsden, Ian. *Machos, Maricones, and Gays: Cuba and Homosexuality*. Filadelfia: Temple UP, 1996. Impreso.
- Machover, Jacob. “El mar es siempre el símbolo fundamental de la liberación (Conversación con Reinaldo Arenas).” *Pasajes* 5/6 (enero / agosto 2001): 116-135. Impreso.
- Olivares, Jorge. *Becoming Reinaldo Arenas: Family, Sexuality, and the Cuban Revolution*. Durham: Duke UP, 2013. Impreso.
- Prieto Morales, Abel. “Homosexualismo.” *Bohemia* 61 (1969): 108-109, 113. Impreso.
- Saadre, Carmen L. “Soy el responsable de la persecución a homosexuales que hubo en Cuba: Fidel Castro.” *La Jornada*. Universidad Nacional Autónoma De México, 31 de aug. 2010. Web. 01 Dec. 2014.